

Revista de Folklore

JOAQUÍN DÍAZ

Fundación «Joaquín Díaz». Urueña, Valladolid

RESUMEN

El fundador y principal sostenedor de la *Revista de Folklore* plantea en este escrito su visión personal sobre el mundo de la investigación acerca de la cultura tradicional y los objetivos que se fijó al emprender la publicación de una de las revistas especializadas más largas y continuas con que contamos en España.

Palabras clave: Tradición, Castilla-León, Cultura tradicional, Literatura popular.

SUMMARY

The author, founder and chief underwriter of *Revista de Folklore*, voices his view of the world of research of traditional culture, as well as the aims he pursued in founding one of the journals of folklore of longest standing in Spain.

Key words: Tradition, Castile-Leon, Traditional Culture, Folk Literature.

La revista de Folklore vio la luz en diciembre de 1980. En esencia no era una idea nueva ni original, aunque desde la intrépida perspectiva de la bisonñez todo nos pareciera entonces novedoso y exclusivo. Heredábamos, sin embargo, una tradición envidiable, aunque escasa, en el campo de las publicaciones periódicas sobre cultura tradicional en España, y para muestra bastaría con referirnos a la *Enciclopedia* de Machado y Álvarez o a la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, que dirigió tantos años Caro Baroja y que felizmente sigue viva.

En casi todas subyace una idea de comunicación y, aún más, de iniciación a las leyes que rigen el mundo de lo tradicional; en un país como el nuestro, donde los conocimientos suelen llegar por la vía de la sangre y asentar sus reales por tanto en el campo de lo sanguíneo, parece ejer-

RDTP, LVII, 1 (2002): 101-108

cicio recomendable éste de mirarse en el espejo de la escritura o de la oralidad y reflexionar sobre la imagen que cada uno tiene de sí mismo, de sus costumbres y de las costumbres de los demás. No es malo, por tanto, saber que muchos de los reflejos más inmediatos que contemplamos en ese espejo, si bien están profundamente arraigados en nuestra personalidad, no son exclusivamente nuestros y, así, tradiciones que se toman como patrimonio personal, familiar o comunitario único, lejos de constituir el centro alrededor del cual gira el universo, son más bien eslabones de una cadena de círculos excéntricos a través de la cual se articula la historia misma de la humanidad. Pero esto, que es punto de partida para el estudio de las tradiciones, hay que decirlo o escribirlo, de modo que no nos entren tentaciones de pensar que antes de nosotros la nada y después el diluvio. Tampoco conviene aferrarse al parecer contrario, el que opina que somos una parte tan minúscula de esa atomización cultural que no merece la pena preocuparnos por nuestro pasado ni menos aún por el destino que nos aguarda. No; del equilibrio entre el propio conocimiento y el conocimiento de los demás deriva un beneficioso flujo que es ingrediente esencial para la convivencia.

La *Revista de Folklore* se originó tras una breve entrevista que mantuve con los responsables de la Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular de Valladolid, en el verano del año 1980. Concluida esa reunión surgió la idea de crear un órgano de expresión que diera cauce a los escritos, dispersos y diversos, que la tradición suscitaba, ya fuese en ámbitos académicos ya entre simples aficionados. Después de disipar las dudas acerca de la posibilidad de publicar la revista mensualmente, empecé mi honor en que se mantendría dignamente, habida cuenta de la variedad de temas que se podrían abordar y la gran cantidad de personas que podrían estar interesadas en difundir sus experiencias y reflexiones sobre la cuestión.

El número cero, una vez encargada la portada a un diseñador madrileño, apareció con el logotipo que aún hoy se mantiene y un grabado de la colección de *Trages de España* que dibujó Ribelles y grabó Carrafa para la Calcografía Nacional a comienzos del siglo XIX. Dada la experiencia de otras publicaciones en materia de continuidad y conociendo la dificultad que supondría mantener un consejo de redacción, opté por responsabilizarme de la dirección y que ésta abarcara además otras tareas relacionadas con la edición, como selección de material, corrección de pruebas, maquetación, elección de grabados e ilustraciones, etc. En algunos casos, y teniendo en cuenta la dificultad que suponía para la Caja de Ahorros encontrar en cualquier momento personal para colaborar en el ensobrado y otros menesteres, también metí revistas en sus bolsas, puse sellos y las llevé a Correos.

Revista de **FOLKLORE**

N.º 242



Mujer de Salamanca

Anais Álvarez Rodríguez ■ César Augusto Ayuso
Ángel Cerrato ■ Juliana Panizo Rodríguez
José Manuel Pedrosa

Nuestra revista —y digo lo de nuestra con absoluta convicción, porque entre muchas personas colaboramos a su mantenimiento en mayor o menor medida—, nunca ha pretendido ser un *Tesoro de la Juventud* ni una *Biblioteca de la Amenidad*, pero de lejos se parece a todo eso; reconocemos el valor de lo calladamente ejemplar y practicamos la norma de crear adeptos con el cebo de la curiosidad. Tanta sabiduría se ha dilapidado y tanto conocimiento útil se ha arrumbado so pretexto de ilusorias modernidades, que produce sonrojo y vergüenza. La tradición es un tesoro de pública utilidad y no podemos derrochar ese patrimonio o renunciar temerariamente a él sin provocar un grave deterioro en nuestra identidad o un brusco frenazo en el camino siempre arduo de una evolución positiva. Quien sólo mira al pasado o sólo atiende al futuro pierde oportunidades de conocimiento y por tanto de perfección; por eso, y si no fuese ya el símbolo de una magnífica revista especializada, podría ser el doble rostro del dios romano Jano el emblema más representativo de nuestro empeño.

Y vuelvo a repetir nuestro, porque en esa tarea nunca me he sentido solo; tal vez sí en las decisiones técnicas, pero jamás en el arropamiento que una empresa de este tipo necesita: cartas, palabras de ánimo, críticas constructivas y hasta dificultades presentadas a propósito, han servido para trabajar en favor de aquella idea. En el camino ha habido defecciones voluntarias y abandonos involuntarios (entre éstos los fallecimientos de colaboradores, como Evaristo Correa Calderón, Federico Sopeña, Oscar Cruz, Jose León Martín Viana y el profesor Joseph Silverman; para todos el recuerdo afectuoso y nuestro agradecimiento por el tiempo que nos dedicaron). Pero la impresión que siempre he conservado ha sido la de sentir un apoyo sutil, nunca oneroso, tanto por parte de quienes colaboran con sus artículos como de quienes son suscriptores.

A la vista está el trabajo, y ahora, sinceramente, empieza a ser voluminoso; de los índices que agrupan los veinte primeros años de la revista, ya puede uno extraer sus conclusiones aunque sean provisionales: Apartados que están escasamente representados o que ni siquiera se han abierto, junto a otros cuya abundancia llega a sorprender; provincias o comarcas poco tocadas y otras con nutrida participación. En cualquier caso, y por dar una muestra del repertorio temático que ya publicamos en uno de los índices generales —se han publicado tres y actualmente se prepara la inclusión en Internet del catálogo completo de autores, artículos y temas—, mencionaré como disciplinas dignamente representadas en las páginas de la revista, la agricultura y ganadería, alimentación, arquitectura popular, arte popular, costumbres, creencias, mitos, supersticiones, danzas, dramática, fiestas, flora y fauna, industrias y oficios, instrumentos

musicales, juegos, léxico y paremiología, literatura, medicina, música y canto, opinión y conceptos teóricos, personajes y religiosidad.

Corregir carencias, que las hay, es tarea de todos. Es cierto que necesitamos investigadores pero también es cierto que, tal vez antes, hace falta gente que lea y atienda a esos estudiosos; es preciso presentir, respirar esa demanda social primero, que luego vendrán —y posiblemente con más facilidad— el esfuerzo y los frutos. Pero un trabajo abnegado y duro como el de la investigación, necesita, previamente al reconocimiento (que es necesario para cualquier tipo de quehacer, intelectual o no) una corriente colectiva de apoyo a la persona que lleva a cabo esa investigación para que tenga la sensación de que es la propia sociedad la que delega en él la búsqueda de soluciones y le hace depositario de su confianza para que le represente en la consecución de esas aspiraciones. Y reconozco y aplaudo las declaraciones esporádicas de algunos políticos cuando consideran importantísimo el desarrollo de la investigación en España, pero muchas veces olvidan (por considerarlos consabidos o familiares) a los que ya trabajan, en condiciones difíciles frecuentemente, e intentan vanamente suplir los contratiempos varios con una voluntad a toda prueba.

Parece como si una mano gigantesca hubiese agitado nuestro país hasta colocar a todos sus habitantes en el sitio contrario al que debían ocupar por sus inclinaciones: los políticos trabajan en el terreno de la utopía mientras que los idealistas deben conformarse con la cruda realidad. Lo cierto es que no existe una tradición investigadora en España, pero algún día hay que empezar a crearla; no se puede sosegar la conciencia con el argumento de que un polígrafo, de tantos en tantos años, viene a paliar nuestras necesidades, lanzándonos todos a partir de ese instante, a copiar o contradecir lo que él ha escrito hasta que su figura se hace aparentemente caduca y nos apartamos de su magisterio para abrazar el del guía siguiente. Espero que se me permita la exageración sacrificando la ecuanimidad en aras de la síntesis, pero, a decir verdad, algo hay de todo esto. Investigar, gastar el tiempo en algo que no rinde beneficios inmediatos, no está de moda, y creo que jamás llegará a estarlo si seguimos por este camino. Se hace indispensable, por tanto, tratar con exquisito cuidado al escaso porcentaje de jóvenes que aún optan por la embarazosa y nada cómoda actitud de irle desvelando poco a poco a la vida sus misterios.

No pretendo justificar retóricamente la existencia de nuestra revista; constato la necesidad de mantener (y acrecentar si ello es posible) todas aquellas fuentes que ilustren, instruyan, no aburran, fomenten el discernimiento y ayuden a crear y respetar una honesta jerarquía de valores.

Nuestro número 244 acaba de aparecer. Con la esperanza intacta y la realidad como contrapeso nos disponemos a trabajar en el número 245 y quién sabe cuántos más. Ha habido quien ha pensado que se podían haber celebrado esos veinte años con un número doble; tal vez tenga razón, pero frente a la exageración de lo extraordinario, reivindicamos hoy la dirección y eficacia de lo ordinario. En cualquier caso el ánimo está constante y dispuesto a enriquecerse tanto como haga falta. En el recorrido realizado hasta el momento actual hemos tenido oportunidad de celebrar recensiones amables, premios a colaboradores que nos confiaron sus artículos y otros hechos favorables.

La cultura tradicional ofrece un rico terreno para el estudio, la aportación de datos y la crítica; queda mucha andadura por recorrer y en ella cada uno de nosotros tiene una responsabilidad; la de la revista en concreto es, a mi juicio, seguir acumulando documentación y opiniones de diversa índole y procedencia. En cualquier estudio científico la verdad se presenta como una luz intangible y hay que estar constantemente atento a sus señales y dispuesto a rectificar el rumbo que se nos antojaba el correcto hasta ese instante. La talla de la audacia es inversamente proporcional al tamaño del campo de estudio y, al ampliarse éste, uno repara en la necesidad de apoyos complementarios que refuercen las débiles teorías; de aquí que los trabajos interdisciplinarios sean fundamentales en nuestro quehacer y contribuyan a crear unos pilares más o menos sólidos donde construir ese edificio con tantos volúmenes, luces y sombras que es la interpretación de nuestra tradición. De toda, no sólo de la homologada por la Administración o los eruditos.

Sólo en una ocasión, con motivo de haber alcanzado el número 100, se hizo una excepción en la variedad habitual y se realizó un número monográfico dedicado al arte molinar; el molino representa, desde nuestra perspectiva, los avances del ser humano en el campo de la técnica aplicada a la naturaleza y, al mismo tiempo, su propensión a retroceder, a volver a incurrir en errores pasados cuando la sangre habla y calla la razón. Tampoco creo que Cervantes eligiera esos especiales gigantes transformados en molinos por el sabio Frestón, como un capricho o un artificio exclusivamente literario con el que complicar la vida a Don Quijote; toda la obra cervantina está nimbada de ejemplaridad y este arquetipo no podía ser menos. Quién sabe si la imagen circular de las ruedas molineras no es sino la representación más perfecta de los anhelos humanos, siempre girando alrededor del mismo eje y siempre volviendo a triturar los mismos granos.

En cuanto a los colaboradores, siempre los ha habido, buenos y numerosos. Con sorprendente precisión han ido llegando artículos para cada

número y el máximo retraso que se ha producido en su publicación ha sido de tres meses, cuando ha habido alguna acumulación de material. Siempre hemos procurado evitar los títulos académicos o de otro tipo al lado de cada autor, no porque no nos parezcan justos, sino porque sería injusta la comparación con otros autores que no los tienen por circunstancias habitualmente ajenas a su voluntad. Así, el «nadie es más que nadie» queda subrayado con la fórmula de que sea el propio lector quien decida los títulos que debe otorgar a nuestros colaboradores. Al cabo de estos veinte años han sido cerca de trescientos los especialistas y aficionados que han enviado sus trabajos para que fuesen incluidos en nuestra publicación y más de mil los artículos editados.